

Exposición

HOMENAJE A PUNTA UMBRÍA

Sala exposiciones Real Club de Tenis

Punta Umbría, agosto 2007

Aquellas casas de madera eran apenas una huella sobre un inmenso arenal en medio de un cielo luminoso. Se posaban sobre dunas casi blancas para asomarse a un mar extenso. El viento intentaba cubrirlas con una finísima arena y ellas se levantaban del suelo y volcaban sus terrazas hacia las olas de la orilla. Las barandas de aspas que las envolvían abrían huecos para dejar pasar las escaleras. Apartadas unas de otras se resguardaban del sol con esterones de esparto. En ellas se sentía el aislamiento, la soledad, la libertad ante la naturaleza en estado puro.

El viento, el sol, la luz y la lluvia curtieron las maderas de sus paredes y de sus suelos y luego, a pesar de que el paso del tiempo las fue desgastando, se mantuvieron firmes, alzadas sobre los pilares que las sostenían. La arena ya no amenazaba con cubrirlas porque las retamas y los pinos habían colonizado el terreno que las rodeaba. Ya no estaban las grandes persianas de esparto o de madera que cubrían sus marquesinas y, durante algún tiempo, las casas de madera se quedaron desnudas, protegidas solamente por sus barandas de aspas. Desde allí arriba les llegaba el mar con el viento de poniente. La maleza se fue haciendo impenetrable y adquirieron un aire vetusto y decadente que las hacía atractivas y atrayentes. Se conservaron en pie hasta el final, sin arruinarse. Después, la historia no dejó ni una huella ni un rastro.

Enormes eucaliptos daban sombra a la que fue, heredera directa de las antiguas casas de madera de los ingleses, la primera casa de la ría. El porte de estos árboles era tan grande que impedían que el viento foreño, que venía del mar, llegara hasta los veleros que navegaban por ella. Algunos de los eucaliptos que se talaron, ya muy al final, se empeñaron en crecer de nuevo y acompañaron a esta casa hasta su desaparición inevitable. A su lado estaba, y hoy permanece, todavía, con un afilado torreón y unas formas que recuerdan un poco a cierta arquitectura centroeuropea, una de las casas más antiguas de Punta Umbría,. Desprovista de la maleza y del jardín que hasta hace poco la escondía y que la hacía un tanto misteriosa, parece refugiarse ahora a la sombra de sus antiguos pinos. Desde su terraza se puede contemplar, de nuevo, esa ría apacible que baña la orilla cercana y ver salir el sol allí, a través de las marismas del Odiel, al fondo del horizonte.

Al lado de ella, desde la plaza hasta la punta se formó una hilera de casas mirando a la ría y resguardadas de la brisa y del viento del

mar. Algunas han ido desapareciendo, otras conservan su antigua presencia y otras han crecido, hacia arriba, hacia los lados, hacia abajo ocupando los soportales, pero esta antigua fachada de Punta Umbría conserva aún un aire de frescura. Esta hilera de casas se cerraba con una singular masa de árboles que asomaban sobre los tejados y los pequeños torreones. Paredes blancas, cubiertas inclinadas de teja y vallas también blancas han formado, desde el principio, el paseo de la ría que termina, o empieza, en la plaza. Al fondo de esta plaza, frente al muelle de las canoas, estaba el Cinemar San Fernando. Lo acompañaba un corpulento y gigantesco eucalipto. Arcos de luces de colores alumbraban sus puertas y tres grandes tableros anunciaban los estrenos de hoy, de mañana y de pasado. La luz de su pantalla de tela se iluminó con miles de películas las noches de verano.

Una segunda generación de casas heredó algunas de las cosas que tenían las primitivas de los ingleses. Se construyeron en alto, sobre pilares y tuvieron amplias terrazas, algunas con las clásicas barandas de aspas, protegidas del dominante viento de poniente con habitaciones de grandes ventanales. Muchas de ellas se situaron cercanas a la playa, otras en la proximidad de esa zona que se conoce como de La Canaleta, y algunas otras de una planta con pequeños jardines delanteros, más modestas pero llenas de encanto, compusieron, casi adosadas, una hilera que daba forma al principio de la calle Ancha. Algunas otras, sobre la orilla más septentrional de la ría, repitieron el esquema de la primitivas casas de madera y permanecieron, resistiendo, con sus grandes jardines arbolados, el paso de los años.

Todas estas casas, y muchas otras, fueron formando parte de una historia común, de mil historias personales, y han sido traídas desde el recuerdo como un homenaje pintado a Punta Umbría.